

INNOVACIONES EN EL BACHILLERATO FRANCES

Por J. ERNEST-CHARLES

EL bachillerato es, en principio, el examen que clausura los estudios secundarios y permite a los alumnos ingresar en las Universidades. Pero, aunque fundamentalmente sigue siendo lo que fué, su fortuna ha pasado por extrañas oscilaciones. Desde hace medio siglo, el gusto o la moda de los estudios se propagó en todos los medios: las muchachas se volvieron las émulas activas de los varones, y el bachillerato dejó de ser solamente el pasaporte indispensable para la admisión en las Facultades, para convertirse en un diploma de lujo que se bastaba a sí mismo. Ciertamente, muchas orgullosas bachilleras de 1900 han tenido hijas que afrontaron airoosamente—y siempre por amor a la cultura—las pruebas de licenciatura; pero el bachillerato seguía siendo, para la mayoría de las gentes de la clase media, la meta augusta y solemne. De alguien que no pertenecía a ninguna profesión intelectual, se solía oír decir: «¡Oh, tampoco es un cualquiera! ¡Es bachiller!»

Así, el bachillerato ganaba un prestigio ficticio a medida que perdía su significado original. De examen de transición había pasado a ser, para muchos, el examen final. El grado de bachiller

era un modesto título de nobleza, muy apreciado por los que no tenían otro, y respetado por los que no lo tenían.

* * *

Pues bien: acaba de producirse, discretamente y al abrigo de toda publicidad, una revolución que va a quitar al bachillerato algunos de los privilegios y prerrogativas que le dió el azar. Se trata de un examen de pre-bachillerato, al que deberán someterse en común los alumnos de liceos, colegios, cursos complementarios, escuelas profesionales y escuelas comerciales, y que da opción al «Breveté de estudios del primer ciclo del segundo grado». El nombre, evidentemente, no es de cartel, no es nada espectacular. Pero tampoco las revoluciones necesitan ser ruidosas, y a veces hacen falta meses y hasta años para que se hagan sentir sus efectos. El primero, en todo caso, tiene de qué espantar a los partidarios inveterados e irreductibles de la primacía del latín y otras «disciplinas nobles». El «Breveté de estudios...», esta., establece, en efecto, equivalencias entre las materias de examen, en relación con la diversidad de origen de los examinandos; de suerte que éstos pueden escoger, por ejemplo, entre griego o mecanografía, inglés o encuadernación, latín o ciencias domésticas.

Que los defensores de las «humanidades» no se afljan. El *Breveté* no pretende en absoluto rebajar la cultura general. Los coeficientes atribuidos a las diferentes materias de examen garantizan su primacía y dan los primeros puestos a los alumnos más versados en el conocimiento de la lengua francesa. Aquellos, por el contrario, que demuestren que sus relaciones con la ortografía y la gramática son algo distantes, tendrán pocas probabilidades de ser aprobados. Además, los que escogieron el latín deberán redactar un tema sin la ayuda del diccionario, condición que rehuirían muchos bachilleres. La causa de la cultura está, pues, vigorosamente defendida. Lo que se puede temer es, más bien, que se imponga una cantidad excesiva de materias a los candidatos al pre-bachillerato.

* * *

En materia de enseñanza, más que en uinguna otra, es difícil juzgar por adelantado las repercusiones y las consecuencias de una reforma. Los resultados suelen ser distintos de los que se esperaba, porque, además de la reforma misma, hay que tener en cuenta el terreno en que va a aplicarse, la atmósfera, las circunstancias y la actitud del medio.

Todo hace suponer, empero, que gracias a la creación de un examen nuevo el bachillerato propiamente dicho recuperará pronto, y quizás más rápidamente de lo que se cree, la situación que tenía en su origen.

uchos alumnos, deseosos solamente de obtener un testimonio oficial de que han realizado ciertos estudios, de que no son completamente analfabetos ni completamente ignorantes, se contentarán con el ya famoso «*Breveté* de estudios del primer ciclo del segundo grado». Ante la opinión, este *Breveté* reemplazará a los ya anticuados *Breveté* elemental y *Breveté* superior. Muchos jóvenes de ambos sexos, que no tienen ni la ambición ni la posibilidad de prolongar sus estudios; que aspiran, al contrario, a entrar cuanto antes en la vida productiva, pero que quieren dar pruebas de una suficiente preparación escolar, se considerarán satisfechos con el nuevo *Breveté* y no irán hasta el bachillerato.

Las últimas clases de los estudios secundarios, las que en otro tiempo se llamaban segunda, retórica y filosofía, ya no serán frecuentadas sino por los alumnos para quienes el bachillerato represente lo que fué únicamente en el pasado: la llave que abre las puertas de la Universidad y de las grandes escuelas. Estos alumnos, aunque estén penetrados de aspiraciones modernas, conocerán y comprenderán el valor de la cultura clásica. Así, el bachillerato perderá el prestigioso más o menos engañoso de una inmensa clientela, y recobrará el prestigio sano y sólido de ser una escuela de alta cultura. La «revolución», finalmente, lo hará volver a su pasado y a sí mismo.